



STYLE & SOCIETY: DRESSING THE GEORGIANS

Estilo y Sociedad – Paneles de la Galería



THE QUEEN'S GALLERY, BUCKINGHAM PALACE

Georgian Fashion

The eighteenth century has been called 'the age of revolution' and in Georgian dress we find evidence of various revolutions – technological, political and social. Fashion served as both a driver of change, and as a barometer of what was happening in the wider world.

This exhibition uses portraiture to tell the story of fashionable dress in Britain, from the accession of George I in 1714 to the death of George IV in 1830. The first room provides a chronological introduction, charting the transformation of styles, silhouettes and fabrics, and building up a layer-by-layer picture of what the Georgians wore. The later rooms take a thematic approach, revealing what fashion reveals more broadly about life in Georgian Britain.

During this period, the fundamental materials used to construct items of dress were the same as in previous centuries, and clothing remained a valuable commodity, prized for its raw materials more than for the way in which it had been cut, pinned and sewn together. The process by which textiles were transformed into clothes was undertaken entirely by hand, the invention of the sewing machine being many years away. Raw materials were expensive, so scraps of material were pieced together and garments were skilfully constructed in ways that allowed them to be easily adapted as fashions changed.

Portraits are an invaluable source for understanding the fashions of the past. While some artists depicted dress with great accuracy, others modified it in portraits for artistic effect. Comparing two-dimensional images with three-dimensional garments is illuminating, helping to determine how dress has been adapted when portrayed in paint. Moreover, examining real clothing reveals details of construction and marks of wear invisible in portraits. In contrast, visual images demonstrate how clothes were combined and padded, and how they changed the wearer's deportment.

La moda georgiana

El siglo XVIII se ha denominado “la era de las revoluciones” y en el vestuario georgiano encontramos evidencia de varias de ellas: revolución tecnológica, política y social. La moda actuó tanto como promotora de cambio como de barómetro de lo que estaba sucediendo en el resto del mundo.

Esta exposición hace uso de retratos pictóricos para relatar la historia de la indumentaria de moda en Gran Bretaña, desde el ascenso al trono de Jorge I en 1714 hasta el fallecimiento de Jorge IV en 1830. La primera sala proporciona una introducción cronológica que traza la transformación de estilos, siluetas y tejidos, y construye, capa a capa, una representación de cómo vestían los georgianos. Las salas posteriores adoptan un enfoque temático, desvelando lo que la moda nos revela, en un sentido más amplio, sobre la vida en la Gran Bretaña georgiana.

Durante este periodo, los materiales esenciales utilizados para confeccionar artículos de indumentaria eran los mismos que en siglos anteriores, y las prendas de ropa seguían siendo bienes preciados, valoradas por sus materias primas en mayor medida que por la forma en la que habían sido cortadas, montadas y cosidas. Habrían de pasar aún muchos años antes de la invención de la máquina de coser y, en consecuencia, el proceso mediante el que las telas eran transformadas en prendas de ropa se llevaba a cabo de forma enteramente manual. La materia prima tenía un alto coste, por lo que se confeccionaba a base de retales de tela, y las prendas se montaban ingeniosamente de forma que fuera posible adaptarlas con facilidad a medida que la moda cambiaba.

Los retratos son una fuente inestimable para entender los estilos de moda del pasado. Algunos artistas representaron las vestimentas con enorme precisión, mientras que otros, las modificaron en sus retratos en aras de un efecto artístico. Resulta esclarecedor comparar las imágenes bidimensionales con prendas tridimensionales, ya que ello contribuye a determinar cómo se han adaptado las prendas de ropa al representarlas en cuadros. Así mismo, examinar las prendas auténticas revela detalles de confección y señales de uso invisibles en los retratos. Por su parte, las imágenes visuales demuestran cómo se combinaban y armaban con almohadillas las prendas, y de qué forma alteraban el porte de quien las usaba.

Fashion and Society

In previous centuries it had been royalty and the aristocratic elite who had generally set fashions, which were then imitated and interpreted by the lower ranks. In a reversal of this, during the eighteenth century fashionable society started to look to the practical dress of the lower classes for style inspiration. The most influential tastemakers were increasingly those lower down the social scale, while the court became associated with fossilised styles of dress rather than cutting-edge fashion. Although court dress provided a sense of continuity with the past and created a brilliant spectacle, it rarely set fashions for the future, its details governed by conventional rules of etiquette. And whereas some members of the royal family were interested in new clothing trends, others preferred styles that were well-established and familiar:

The rising importance of commercial locations for entertainment and socialisation, such as assembly rooms, coffee houses, pleasure gardens and theatres, allowed the latest styles to be shown outside the traditional court setting. The birth of a specialised fashion press spread the most up-to-the-minute trends more quickly and widely than ever before. At the same time, industrial innovations to the production of textiles, as well as to the related processes of dyeing, printing and bleaching made fashionable fabrics cheaper and more accessible to a broader cross section of society.

Moda y sociedad

En siglos precedentes, generalmente habían sido la realeza y la élite aristocrática quienes habían marcado las pautas de moda, que posteriormente eran imitados e interpretados por los estratos inferiores de la sociedad. En lo que constituiría una inversión de este orden, durante el siglo XVIII las clases refinadas comenzaron a considerar las prácticas prendas de ropa de las clases más bajas como fuente de inspiración para sus estilos de moda. Con progresiva frecuencia, quienes mayor influencia ejercían a la hora de marcar los gustos provenían de capas más bajas de la escala social, al mismo tiempo que la corte comenzaba a asociarse con estilos de vestimenta fosilizados más que con la moda de vanguardia. Aunque la indumentaria de la corte proporcionaba un sentido de continuidad con el pasado y creaba un espectáculo deslumbrante, raramente implantaba lo que serían los estilos de moda venideros, al estar sus detalles regidos por las reglas convencionales de la etiqueta. Y mientras algunos miembros de la familia real se interesaban por las nuevas tendencias de moda, otros preferían estilos familiares ya bien establecidos.

La creciente importancia de establecimientos comerciales para el entretenimiento y la socialización, como salones sociales, cafés, jardines recreativos y teatros, ofrecía la oportunidad de mostrar los últimos estilos fuera del entorno tradicional de la corte. El nacimiento de una prensa especializada en la moda permitió difundir las tendencias de última novedad de forma más rápida y amplia que nunca. Al mismo tiempo, las innovaciones industriales en la producción de tejidos, así como las de los procesos relacionados de tinte, estampado y blanqueado, abarataron el coste de las telas de moda y las hicieron más accesibles a un sector más amplio y representativo de la sociedad.

Dressing Children

The eighteenth century witnessed an important philosophical shift in the attitudes towards childhood. In 1693 John Locke had proposed the idea that children are born as 'blank slates', a break with the Puritan concept that children are innately sinful and require salvation through instruction. Building on this, Jean-Jacques Rousseau identified childhood as a unique period of freedom and happiness, emphasising the importance of allowing children to play and experience the natural world.

This fundamental shift in perceptions had a significant impact on the styles of dress worn during childhood and infancy. From the 1750s, the practice of swaddling infants became increasingly unfashionable, criticised by both physicians and philosophers for hindering movement and growth. New transitional styles of clothing were introduced for boys, which extended the stage of childhood and provided a comfortable and practical alternative to adult dress.

Children's clothing sometimes foreshadowed more informal styles of adult dress that later became popular and may have played a role in encouraging their acceptance. The chemise gown for women, for example, was constructed in much the same way as a child's frock, while the trousers adopted by boys in the 1770s provided a blueprint for those worn by men twenty years later.

La vestimenta de los niños

El siglo XVIII fue testigo de un importante cambio filosófico en las actitudes respecto a la infancia. En 1693, John Locke propuso la idea de que los niños, al nacer, eran como “pizarras en blanco”, lo que supuso una ruptura con el concepto puritano, que consideraba a los niños pecadores innatos a los que era necesario salvar mediante la educación. Basándose en las ideas de Locke, Jean-Jacques Rousseau identificó la niñez como un singular periodo de libertad y felicidad, subrayando la importancia de permitir que los niños jugasen y experimentasen el mundo natural.

Esta transformación fundamental de percepción tuvo una considerable repercusión en los estilos de indumentaria utilizados durante la infancia y la niñez. A partir de la década de 1750, la costumbre de envolver a los bebés decayó progresivamente en popularidad, criticada tanto por médicos como por filósofos como una práctica que entorpecía el movimiento y el crecimiento. Para los niños varones, se introdujeron nuevos estilos de transición que prolongaban la etapa de la niñez y proporcionaban una alternativa práctica y cómoda a la vestimenta adulta.

En ocasiones, las prendas infantiles fueron precursoras de estilos más informales de la indumentaria adulta que más adelante se harían populares, y puede que hayan influido en fomentar su aceptación. Por ejemplo, para las mujeres, el vestido *chemise* de ligera gasa o muselina se diseñó de forma muy similar a una vestimenta infantil, mientras que los pantalones adoptados por los niños en la década de 1770 proporcionaron el prototipo de los que, veinte años más tarde, vestirían los hombres.

Hair

Throughout much of the eighteenth century, most men shaved off their real hair and replaced it with a powdered wig. This was linked to ideas about health and cleanliness as hair was thought to spread infection and lice. A wig also provided a far more convenient option than having to style the hair, because it could be removed at night and sent to the hairdresser to be reset regularly. A variety of wig styles were worn throughout the century, and it was not uncommon for a man to own several wigs for different occasions.

At the beginning of the eighteenth century even the cheapest wig cost around £3, the equivalent of more than £400 today. They were therefore expensive luxury items in a man's wardrobe and a clear indication of status and wealth. Over the course of the century, however, wigs became cheaper and much more widely accessible, making them an essential component of respectability.

It is a common misconception that full wigs were also worn regularly by women. Instead the immensely tall and wide hairstyles adopted in the latter half of the eighteenth century were almost always created using a woman's own hair raised over pads, sometimes with the addition of pieces of false hair.

For much of the century powder was extensively used by both sexes. Derived from crops such as wheat and barley, powder was initially adopted for its absorptive qualities to remove grease. Powder also made it easier to achieve elaborate hairstyles. It was used in combination with pomade, an oily material derived from rendered animal fat, which was combed through the hair to remove impurities and act as a softening agent.

El cabello

A lo largo de la mayor parte del siglo XVIII, la mayoría de los hombres se afeitaban el pelo, sustituyéndolo por una peluca empolvada. Esta práctica estaba relacionada con ideas sobre salud e higiene, pues se pensaba que el pelo contribuía a diseminar infecciones y piojos. Además, una peluca representaba una opción mucho más conveniente que tener que hacerse peinados, porque era posible quitársela por la noche y enviarla con regularidad al peluquero para que volviera a darle forma. A lo largo del siglo, se utilizaron distintos estilos de peluca y no era infrecuente que un hombre fuera propietario de varias para usarlas en distintas ocasiones.

A principios del siglo XVIII, incluso la peluca más económica costaba alrededor de 3 £, el equivalente a más de 400 £ de hoy en día. Por lo tanto, eran artículos caros y de lujo entre los que componían el vestuario masculino, y un indicador claro de estatus y riqueza. Sin embargo, a lo largo del siglo, el coste de las pelucas se redujo y se hicieron mucho más accesibles, convirtiéndose en un atributo esencial de respetabilidad.

La idea de que las mujeres también usaban habitualmente peluca es un error común. Por el contrario, los enormemente amplios y elevados estilos de peinado que se adoptaron en la segunda mitad del siglo XVIII solían crearse casi siempre utilizando el propio cabello de la mujer, cuyo volumen se aumentaba peinándolo sobre almohadillas, y en ocasiones añadiendo postizos de pelo.

Durante la mayor parte del siglo, ambos sexos hicieron amplio uso de los polvos. Producidos a partir de granos como el trigo y la cebada, los polvos se adoptaron en un principio por sus cualidades absorbentes para eliminar la grasa. También facilitaban la labor de conseguir elaborados estilos de peinado. Se usaban combinados con la pomada, un producto oleoso extraído de grasa animal derretida que se incorporaba al peinar el cabello para eliminar las impurezas y al tiempo suavizar el pelo.

Sporting Dress and Anglomania

France was undisputedly the country with the most influence on fashion across Europe for much of the eighteenth century. However, while the English admired French fashions, they also prided themselves on a distinctive and self-consciously cultivated national style. This was plainer and more informal than that worn in France, with everyday dress increasingly influenced by casual clothing worn for country sports such as riding, hunting and shooting.

During the last quarter of the century a wave of Anglomania in dress swept through Europe, which saw the influential French fashion periodical *Cabinet des modes* announce in the November 1786 edition that it was being renamed *Magasin des modes nouvelles, françaises et anglaises*. The tight-bodied nightgown (known in France as the *robe à l'anglaise*) became the most popular style of dress for women in the 1780s, and French women also adopted English riding coats, calling them *redingotes*. French men, too, adopted their own version of the English frock coat, which had been inspired by non-elite working dress. According to one observer, fashionable young gentlemen in Paris in 1792 'look as if they will mount a horse any minute'.

La vestimenta deportiva y la anglomanía

Indiscutiblemente, durante gran parte del siglo XVIII, Francia fue el país con mayor influencia en toda Europa en lo concerniente a la moda. Sin embargo, aunque los ingleses admiraban las modas francesas, también se enorgullecían de poseer un estilo nacional distintivo y deliberadamente cultivado. Era más sencillo e informal que el utilizado en Francia, y se caracterizaba por una indumentaria cotidiana cada vez más influenciada por las prendas casuales usadas para deportes de campo, como la equitación, la caza y el tiro al blanco.

Durante el último cuarto de siglo, una ola de anglomanía barrió Europa, que vio cómo la influyente publicación francesa de moda *Cabinet des modes* anunciaba en la edición de noviembre de 1786 su cambio de nombre a *Magasin des modes nouvelles, françaises et anglaises*. El entallado vestido conocido en Francia como *robe à l'anglaise* se convirtió en el estilo más popular de vestimenta femenina en la década de 1780, y la mujer francesa también adoptó las chaquetas de equitación inglesas, dándoles el nombre de *redingotes*. También los hombres franceses adoptaron su propia versión de la levita inglesa, que se había inspirado en el atuendo de la clase trabajadora no de élite. Según un observador, los jóvenes elegantes del París de 1792 “parecen que van a montarse en un caballo en cualquier momento”.

Making, Cleaning and Buying

Raw materials for fabric were derived from animal and plants sources – wool usually from sheep, silk from the cocoons of silkworms, linen from the flax plant and cotton from the *Gossypium* plant. While the raw materials for wool and linen could be produced in Britain, the climate made the cultivation of silkworms and the growth of the cotton plant untenable, and these raw materials needed to be imported.

Elite dress was made bespoke for the wearer; and its production involved numerous processes, each undertaken by a different specialist: the silk for a dress might be woven, sold, embroidered, sewn together and trimmed by a weaver; mercer; embroiderer; mantuamaker and milliner, before it reached the body of its owner.

Cleanliness in dress had long been considered an indicator of underlying moral character; demonstrating good manners and respect for self and others. While linen or cotton items could be washed using hot water and harsh alkaline soaps, those made from silk or wool needed to be spot cleaned instead.

The eighteenth century saw the development of shopping as a leisure activity, with larger windows allowing an attractive displays of goods. London shops were considered the best in Europe, one visitor writing in 1786 that 'It is almost impossible to express how well everything is organised in London. Every article is made more attractive to the eye than in Paris or any other town.'

Confección, limpieza y compra

Las materias primas para las telas eran de origen animal y vegetal: lana, normalmente de oveja, seda de los capullos de gusanos de seda, lino de la planta del mismo nombre, y algodón de la planta *Gossypium*. Aunque las materias primas para la lana y el lino se podían producir en Gran Bretaña, el clima hacía imposible la cría de los gusanos de seda y el cultivo de la planta de algodón, por lo que era necesario importar estas materias primas.

Las vestimentas de élite se hacían a medida para el usuario y su confección comprendía varios procesos, cada uno de ellos a cargo de un especialista distinto: la seda de un vestido podía haber sido tejida, vendida, bordada, cosida y adornada por un tejedor, un comerciante, una bordadora, una modista y una mercera antes de llegar a cubrir el cuerpo de su propietario.

La limpieza de la indumentaria era considerada, ya desde mucho tiempo antes, un indicador del carácter moral que albergaba una persona, algo que demostraba buena educación y respeto por uno mismo y los demás. Las prendas blancas de lino o algodón podían lavarse utilizando agua caliente y fuertes jabones alcalinos, mientras que, en las confeccionadas con seda o lana, debía limpiarse solo el área manchada.

Durante el siglo XVIII, se desarrolla el uso de ir de compras como forma de ocio, y los escaparates aumentan de tamaño para permitir mostrar los productos de forma atractiva. Las tiendas de Londres eran consideradas las mejores de Europa. En 1786, un visitante de la ciudad escribía: “Es casi imposible expresar lo acertadamente que está todo organizado en Londres. Cada artículo se hace más atractivo a la vista que en París o en cualquier otra ciudad”.

Mourning Dress

Mourning dress has its origins in royal and aristocratic convention, although it became increasingly widespread during the eighteenth century. Serving as a demonstration of affection for the deceased, mourning dress also reinforced social status, indicating a knowledge of etiquette and the wealth to acquire special clothing for the occasion.

Full public mourning for the entire population was required after the death of a member of the royal family but was relatively infrequent. By contrast, court mourning honoured the death of a foreign ruler or their relative and was common, with 44 instances recorded between 1750 and 1767. It served an important diplomatic function, being a conspicuous gesture of allegiance between countries. With balls and social events suspended during these periods, the impact of prolonged court mourning on the textile industry was significant, and in recognition of this the duration of mourning became shorter over the course of the century.

Mourning dress was split into first (deep) and second mourning. Both were generally cut along the lines of contemporary fashion, the main differences being in the colour and type of fabric. First mourning dictated that dress and accessories be matt black, with limited ornamentation, while second mourning allowed greater freedom. The widespread adoption of mourning dress meant that matt fabrics such as bombazine and crape were in high demand, with the city of Norwich established as a particularly important centre of production.

La ropa de luto

La indumentaria de luto tiene su origen en una convención de la realeza y la aristocracia, aunque su uso se extendió gradualmente a lo largo del siglo XVIII. Además de cumplir la función de mostrar afecto por la persona fallecida, la ropa de luto también servía para reforzar el estatus social, indicando tanto que se conocía la etiqueta como que se contaba con la riqueza necesaria para adquirir una prenda especial para tal ocasión.

El duelo público de la totalidad de la población era de rigor después de la muerte de un miembro de la familia real, pero era algo relativamente infrecuente. En cambio, era habitual el duelo en la corte como expresión de respeto ante el fallecimiento de un soberano extranjero o de un miembro de su familia, y entre 1750 y 1767, se registraron 44 ocasiones. Cumplía una importante función diplomática, al constituir un gesto ostensible de alianza entre países. Al suspenderse durante estas fechas la celebración de bailes y otros eventos sociales, el efecto de un periodo de duelo prolongado en la corte sobre la industria textil era considerable y, como reconocimiento de este hecho, la duración del luto se acortó durante el curso del siglo.

Las indumentarias de luto se dividían entre el primer luto (estricto) y el segundo. Ambas se confeccionaban generalmente siguiendo las líneas de la moda de la época, siendo las principales diferencias el color y el tipo de tela utilizada. El primer luto dictaba que la ropa y los accesorios fueran de tonos mate, con uso limitado de elementos decorativos, mientras que el segundo luto permitía una mayor libertad. La adopción general de la vestimenta de luto implicaba que telas mate como la bombazina y el crepé fueran objeto de una gran demanda, y la ciudad de Norwich se estableció como un centro particularmente importante de producción.

Dressed for Battle

All the Georgian monarchs took a great interest in military clothing even when they were not particularly interested in fashion, and instigated various projects designed to systematise and record military dress. In Britain the first official pattern uniforms were formalised for both the army and navy during the reign of George II, and subsequently revised under George III and George IV.

By the eighteenth century armour was rarely worn on the battlefield, the thickness of metal required to defend against newly developed firearms hindering mobility, and rendering it largely ineffective. Instead, the eighteenth century saw an explosion in the popularity of uniforms, reflected in increasingly formalised attire for military regiments across Europe, as well as the rise of civilian uniforms for courtiers. Soldiers joining the lower ranks were provided with uniforms annually on the accession date of the king, while uniforms for officers were tailor-made to fit and paid for by the wearer. This allowed them the opportunity to express how fashionable they were through subtle differences in the quality of fabric and cut.

At the beginning of the Georgian period, the navy was not held in such high regard as the army, with officers more often drawn from professional or merchant backgrounds rather than the aristocracy. In the 1740s, these attitudes started to change, leading to greater equivalence between the two forces. Key to this was the development of naval uniforms for officers. Unlike in the army, official uniforms were not defined for lower ranks of seamen until 1857, although a system of selling ready-made clothing ('slops') on board provided sailors with appropriate garments at a reasonable price, and resulted in a recognisable style of dress frequently represented in prints of the period.

Vestidos para la batalla

Todos los monarcas de la época georgiana mostraron gran interés en la vestimenta militar, incluso los que no estaban particularmente interesados en la moda, y promovieron varios proyectos destinados a sistematizar y registrar la indumentaria militar. Los primeros patrones oficiales de uniforme, tanto para el ejército como para la marina, se formalizaron en Gran Bretaña durante el reinado de Jorge II y posteriormente se revisaron con Jorge III y Jorge IV.

Al llegar el siglo XVIII, raramente se utilizaban ya armaduras en el campo de batalla; el grosor del metal necesario como protección contra las nuevas armas de fuego que se habían desarrollado, limitaba el movimiento y las hacía altamente ineficaces. En su lugar, el siglo XVIII presenció una explosión de la popularidad de los uniformes, reflejada en la vestimenta cada vez más formalizada de los regimientos militares de toda Europa, así como en el aumento de los uniformes civiles para cortesanos. A los soldados que entraban a formar parte de los rangos inferiores se les proporcionaban uniformes cada año en el aniversario del ascenso del monarca al trono, mientras que los uniformes para los oficiales se confeccionaban a medida y su coste era abonado por el usuario. Esto les ofrecía la oportunidad de expresar su adherencia a la moda mediante sutiles variaciones en la calidad de la tela y el corte.

A principios del periodo georgiano, la marina no era tenida en tal alta estima como el ejército, y sus oficiales a menudo provenían de sectores profesionales o mercantiles más que de la aristocracia. En la década de 1740, esta actitud comenzó a cambiar, llevando a una mayor equivalencia entre las dos fuerzas. Un factor clave para este cambio fue la creación de uniformes navales para los oficiales de la marina. A diferencia del ejército, no se diseñaron uniformes oficiales para los rangos inferiores de la marina hasta 1857, aunque un sistema de venta a bordo de prendas de ropa ya confeccionadas (denominadas *slops*) proporcionaba a los marineros la vestimenta adecuada a un precio razonable y tuvo como resultado un estilo de atuendo reconocible que aparece representado con frecuencia en los grabados de ese periodo.

Rebellion and Revolution

The symbolic power of clothing to demonstrate the beliefs and values of its wearer means that dress has played a key role in demonstrating loyalty or defiance during periods of political or national turmoil.

The eighteenth century saw much warfare across the world. Complex political and social factors resulted in shifting allegiances and patterns of dominance. For the Hanoverian monarchs the relationship with France was a fundamental concern, with intermittent periods of fragile peace overshadowed by the threat of invasion, protectionist foreign policy and the predictable rivalry between neighbouring territories. Added to this were complications inherent in the establishment and rule of overseas colonies across an expansive geographical area, opposition to the Acts of Union between England and Scotland and various altercations with Spain, Holland and Denmark. It was a delicate balancing act.

This section of the exhibition looks beyond the borders of England, to highlight the role of dress in three episodes of particular turbulence: the Jacobite Risings, the American Revolutionary War and the French Revolution.

Rebelión y revolución

La fuerza simbólica de las prendas de ropa para demostrar los valores y las creencias de quien las usa supone que la indumentaria ha jugado un papel clave a la hora de demostrar lealtad o desafío durante periodos de convulsión política o nacional.

Durante el siglo XVIII se vivieron un gran número de guerras en todo el mundo. Complejos factores políticos y sociales dieron como resultado cambios en las alianzas y los modelos de dominación. Para los soberanos de la casa de Hannover, la relación con Francia era un importante motivo de preocupación, con intermitentes periodos de una paz frágil ensombrecidos por la amenaza de una invasión, una política extranjera proteccionista y la predecible rivalidad entre territorios vecinos. A esto se añadían las complicaciones inherentes al establecimiento y el gobierno de las colonias de ultramar a lo largo de una extensa área geográfica, la oposición al Acta de Unión entre Inglaterra y Escocia, y varios altercados con España, Holanda y Dinamarca. Todo ello requería un ejercicio de equilibrismo delicado.

Esta sección de la exposición mira más allá de las fronteras inglesas, para destacar la función de la indumentaria en tres episodios de particular turbulencia: los levantamientos jacobitas, la Guerra de la Independencia americana y la Revolución francesa.

Influences from Afar

During the eighteenth century Britain expanded its global reach through the combined arms of trade, travel and empire. At the same time British people increasingly looked overseas for innovative consumer goods and novel styles of dress. The influence of clothing from afar often saw its earliest incarnation in Britain during those moments when a form of 'fancy dress' was required, notably while sitting for a portrait or attending a masquerade. Elements of clothing sourced from different places gradually slipped into everyday styles, where they were combined with established fashions of the era, sometimes in an incongruous or inauthentic manner.

Clothing worn across the Ottoman Empire (which in the eighteenth century encompassed modern-day Turkey and Greece as well as parts of northern Africa and the Middle East) was a source of particular fascination. Textiles from other regions (notably India and China) were also highly sought after and imported to Britain in great quantities, where they influenced the design and manufacturing techniques of domestically made goods. The physical properties of fabric (light, non-perishable, non-breakable) combined with its intrinsic value made it an ideal trading commodity. The rich vocabulary used to describe dress and textiles demonstrates how clothing took its inspiration from across the globe, with components frequently transported many miles before reaching the wearer.

Influencias de lugares lejanos

Durante el siglo XVIII, Gran Bretaña extendió su alcance global mediante la combinación de las ramas del comercio, los viajes y el imperio. Al mismo tiempo, la población británica buscaba cada vez más en otros países, bienes de consumo innovadores y nuevos estilos de ropa. La influencia de las vestimentas de lugares lejanos encontró a menudo su primera representación en Gran Bretaña, durante las ocasiones en las que se requería el uso de una forma de “disfraz”, concretamente cuando se posaba para un retrato o se asistía a un baile de máscaras. Artículos de ropa obtenidos de distintos lugares se filtraron gradualmente en estilos cotidianos, combinados con modas establecidas de la época, a veces de una manera incongruente o falta de autenticidad.

Los atuendos utilizados en los dominios del Imperio Otomano (que en el siglo XVIII comprendía Turquía y Grecia de la época actual, así como partes de África del Norte y Oriente Medio) constituyeron una fuente de particular fascinación. Telas de otras regiones (particularmente India y China) eran también muy codiciadas y se importaban en grandes cantidades a Gran Bretaña, donde influyeron en las técnicas de diseño y fabricación de artículos producidos internamente. Las propiedades físicas de la tela (un material ligero, que no era perecedero y no se quebraba) combinadas con su valor intrínseco la convertían en un producto muy idóneo para el comercio. El rico vocabulario empleado para describir las prendas de ropa y telas demuestra cómo las vestimentas tomaban su inspiración de todos los rincones del globo, y sus componentes a menudo se transportaban largas distancias antes de llegar al usuario.

Walking Pictures

Masquerades were a popular form of entertainment throughout the eighteenth century, presenting attendees with an opportunity to adopt fancy dress and conceal their identity. Dress from other countries provided one source of inspiration, another was found by looking back at historical clothing worn in Britain.

Fashions worn at the court of Charles I during the 1620s and 1630s, which had been most notably represented in portraiture by Sir Anthony van Dyck, were the most popular form of historical fancy dress during the eighteenth century. Such 'Vandyke dress' was adopted for both masquerades and portraiture – to eighteenth-century eyes Van Dyck's portraits evoked a nostalgic vision of Britain. In his account of a masquerade in 1742, Horace Walpole noted, 'There were quantities of pretty Vandykes, and all kinds of old pictures walked out of their frames.' By the early nineteenth century, the Elizabethan era had begun to displace the Caroline court as the historical influence of choice, while the novels of Sir Walter Scott encouraged a fascination with medieval knightly chivalry.

Over time details from historical dress were gradually integrated into everyday clothing, a demonstration of the peculiar circularity of fashion still evident today, as each season brings clothing with echoes of the past. It also provides a timely reminder that to our modern eyes, increasingly accustomed to seeing the Georgian period represented on screen, what is now costume, was once high fashion.

Pinturas andantes

Los bailes de máscaras fueron a menudo una forma popular de entretenimiento a lo largo de todo el siglo XVIII, y ofrecían a los asistentes la oportunidad de adoptar un disfraz y encubrir su identidad. Una fuente de inspiración eran los atuendos de otros países, mientras que otra se encontraba dirigiendo una mirada al pasado, a las indumentarias usadas en la historia de Gran Bretaña.

Las modas lucidas en la corte de Carlos I, durante las décadas de 1620 y 1630, en particular las representadas por Sir Anthony van Dyck en sus retratos, constituyeron la forma más popular de disfraz histórico durante el siglo XVIII. Esta “indumentaria Vandyke” fue adoptada tanto en bailes de máscaras como en retratos. A ojos de quienes vivían en el siglo XVIII, los retratos de van Dyck evocaban una visión nostálgica de Gran Bretaña. En su relación de un baile de máscaras en 1742, Horace Walpole señalaba: “Había un gran número de bellos “Vandykes”, y todo tipo de pinturas antiguas salieron andando de sus marcos”. A principios del siglo XIX, la época isabelina había comenzado a desplazar la corte de Carlos I como la fuente de influencia histórica preferida, mientras que las novelas de Sir Walter Scott suscitaban la fascinación con la era de los caballeros nobles medievales.

A lo largo del tiempo, los detalles de los trajes históricos se integraron gradualmente en la indumentaria diaria, una demostración de la peculiar cualidad cíclica de la moda que es aún evidente hoy en día, con la incorporación en cada nueva temporada de prendas con ecos del pasado. También nos recuerda de forma oportuna que, a nuestros ojos modernos, cada vez más acostumbrados a ver el periodo georgiano representado en la pantalla, lo que ahora es vestuario de cine, fue en su momento una prenda de alta moda.